



HORAS DE SOL

En el momento de amanecer, precisamente cuando el primer rayo de sol, logrando romper las penumbras del crepúsculo, corrió en un vuelo á dorar la veleta del campanario, se alzó en el silencio de los campos una fresquísimá carcajada. Débil en un principio como gorjeo de pájaros, ascendió culebreando escalas sonoras, sostúvose un instante en trino sobregudo y descendió después, muy despacio, arrastrándose como cola de cometa que cae porque le falta el aire.

Luego, entre la cerca, cubierta por maraña de zarzas, que separaba un huerto del camino, dejóse oír el cuchicheo de una plática de amor.

Es en Agosto. En primero y segundo término, del lado de allá del camino, bautizado pomposamente, á pesar de su escasa anchura y ningún ornato, con el apodo de real, hay campos cubiertos de rastrojo. Cierran el ho-

rizonte montones de paja y de grano, que se alzan sobre el suelo pelado de las eras.

Ya empezó en ellas el trabajo: la gran distancia impide que se oigan desde el huerto los ruidos de la faena; pero la diafanidad del aire deja percibir claramente los movimientos de hombres y animales, y así, se ve á un gañán, en pie sobre el trillo, al aire la tralla, hostigando á la yunta con algo de la hierática majestad de los dioses paganoc, aquellos viejos dioses que enseñaron al hombre á cultivar la tierra; y se ven otros, que, empuñado el biello, hacen volar el grano por los aires, y se ven caer las nubes de tamo, aún pálido en la pálida luz de la mañana, y se ven también las carretas, que llegan con pausa y se descoyuntan para verter los haces en la parva.

La tonalidad del paisaje es monótona: gris pardo en la tierra, amarillo parduzco en el rastrojo, pajizo en las eras. En el camino el polvo deshecho y zarandeado, mezcla indefinida de los mismos colores; la cerca del huerto, formada de tapiales terrosos; sobre ella, como anuncio del oasis que dentro se esconde, el verdor de las ramas de zarza.

Hay en el ángulo del cercado una brecha, y en la brecha como un estallido de vegetación. Sobre tapiz de trébol, puñados ondulantes de avena loca, matas de manzanilla y de

borraja cuajadas de flor; pegándose á las grietas, y descoyuntando tallos y raíces, para cubrir las todas, malvas y margaritas; y por cimera los graciosos penachos verde esmeralda de la cicuta. Las ramas del zarzal se desbordan á uno y otro lado y arrastran por el suelo sus melenas frondosas, cuajadas de moras, aún verdes las más, color de carne algunas.

En el improvisado portillo, la pareja que charla y que ríe. Él casi en el camino; ella casi en la huerta; muy juntos, sin embargo. Detrás de ella un fondo monótono: el plantel de judías, que enrosca sus zarcillos en las cañas; más adentro cuadros de hortaliza, limitados por matas de rosal; por último, la parra que estrecha con abrazo perezoso las desconchadas paredes de un caserón.

Escuchando la plática, que no decae un momento, podrá oír el curioso lector los nombres de los interlocutores, que, acompañados de adjetivos amantes, se escapan á menudo de labios de ambos. Llegará de este modo á saber que Hortensia es el nombre de la dama, y Carlos el del galán; notará también, á poco que se fije, que, salvo en contadas ocasiones, él es el que habla y ella la que ríe, y observará el contraste que existe entre el aspecto exterior de los enamorados.

Él es un muchacho robusto y bien parecido, con evidentes señales en rostro y ademán de enérgico carácter y clara inteligencia; pero no hay que buscar en su persona, ni en su atavío, refinamiento alguno de elegancia; aseó excesivo, eso sí; pero también absoluto desprecio de la moda, acaso completo desconocimiento de ella. Por toda distinción la soltura de un cuerpo sano, que lleva dentro un alma hermosa y que, sin vanagloriarse de ello, lo sabe y se alegra.

Ella, planta de estufa, mariposa cortesana. En el rostro todas las suavidades, todas las elegancias en el ademán y el gesto, todos los refinamientos en el arreglo de su personita.

Arte, casi ciencia, en el vestido y el peinado, estilo en el lenguaje, armonía sabia en las modulaciones de la voz; todo inconsciente, en fuerza de acostumbrado. La naturaleza limada, cincelada, corregida, que únicamente bajo la influencia de aquella ingenua hora de amanecer, se atrevía á volver por sus derechos en tal cual argentina carcajada.

¿Que cómo se ha formado el *ángel de amor* con dos espíritus al parecer tan opuestos? ¿Que si no es raro ver al rey enamorado de la pastora, es cuando menos extraordinario ver á la niña aristócrata amando al muchacho campesino? ¿Que quién obró el milagro de

unir en estrecha y amorosa concordia la desigual pareja?

Esta es la historia de esta historia, para nadie más sorprendente que para la protagonista de ella, para Hortensia, la hija mayor, única habida en sus primeras nupcias, del señor conde de Montellano.

## II

Sucedió el primer acto de esta vulgar comedia en plena aldea, en una habitación, aunque con honores de sala, modesta en extremo, de blanqueados muros, y amueblada con la clásica sillería de Vitoria.

Allí, en la hora de siesta, tendida sobre el sofá de enea, cogida á traición por el verano y la Naturaleza, Hortensia sueña, y á las mil maravillas, á pesar de no haber aprendido nunca á soñar. Y en medio de las dulzuras del ensueño, trata la soñadora de rebelarse contra él, porque es, en verdad, fenómeno para ella extraño y jamás observado durante los diez y siete años que lleva de vida. ¿Quién tendrá la culpa de semejante rareza? Acaso el calor sofocante de aquella hora de siesta, acaso el silencio y la quietud del campo, silencio en el cual sólo el hombre calla para dejar cantar en paz á la Naturaleza, silencio cortado por vo-

ces de grillos y de chicharras, por zumbidos de abejas y de avispas, quietud interrumpida por locos bailoteos de átomos en los rayos de sol, que se filtra entre persianas y cortinas.

La tersa monotonía de las paredes blanqueadas parece exhalar esfluvios de modorra; aquella nitidez que persiste á pesar de la obscuridad casi absoluta, fatiga los ojos y obliga á entornarlos. Una vez entornados los ojos, ¿qué hará la mente mas que forjar visiones? Los centelleos irisados que pinta la luz al quebrarse en las pestañas, suministran arabescos con que decorar ropajes; plegado el ropaje, bien pronto se moldea para llenarle la figura, y moldeado un cuerpo, ¿qué trabajo le cuesta á un espíritu crear otro espíritu para animarle? Hortensia sueña.

Merced á sus diez y siete años es ya una mujer; pero es todavía una virgen, y es preciso velar para ella las crudezas y brutalidades de la vida. Por eso desde hace cuatro años, fecha en la cual su padre, viudo desde que ella nació, había contraído segundas nupcias, cada nuevo heredero, que con frecuencia moralizadora hace su aparición en el hogar condal, proporciona á Hortensia los placeres de un mes de campo en casa de su antigua nodriza.

No fué esta vez muy bien acogido por la niña el anuncio del acostumbrado viaje. Pre-

sentada en el mundo el invierno anterior, duraban aún para ella el período de espejismo, que tenía precisamente como fondo, en aquellos días, la indispensable playa cantábrica con trajes de baño, á la última, por supuesto, y un batallón de gomosos, asestando gemelazos y fotografiando beldades desde la galería. Hortensia comprendía así la Naturaleza; para ella los gomosos eran fauna insustituible en todo paisaje. Y no por atracciones de sensualidad, ni por exigencias de la carne. Ni espiritual ni sensual por temperamento, acaso cerebral sin saberlo, dejábala en el fondo, en cuanto al sentimiento y en cuanto á la sensación, indiferente en absoluto toda aquella legión de revoloteadores que en torno suyo se agitaba; pero gustaba de ser mirada y admirada por ellos, de pasar al alcance de sus baterías de gemelos y monóculos; le corrían de pies á cabeza estremecimientos de bienestar y de satisfacción al sentir resbalar sobre su cuerpo centenares de ojeadas, y se erguía al contacto de ellas con vanidad inconsciente de pavo real, sin intentar siquiera convertir aquella admiración á más prácticos ó á más ideales resultados.

Desagradable, por tanto, fué el viaje. En todo él no consiguió el señor conde arrancar una palabra á su hija, acurrucada en un rincón

del coche. Llegaron al anochecer; á la mañana siguiente volvióse á Madrid el padre y Hortensia madrugó para despedirle. En esa hora de amanecer, cuando aún no bien despierta, apenas si tenía conciencia de sí misma, la Naturaleza se apoderó de ella, rindiéndola á la magia de sus desaliñadas seducciones. Soñolienta salió de casa, y el aire fresco de la mañana se le llevó en alas el sueño y, obligándola á abrir los sentidos, entróle por ellos de golpe y porrazo chorros de luz y de colores, bocanadas de aroma y conciertos de sonidos mezclados y confusos, imponentes á la vez que tenues.

Introdújole todo aquel despertar de la tierra ardores en la sangre y ansia de gastar vida, y dióse, ayudada por el desaliño matinal de su atavío, á correr y brincar como bestiezueta, á campo traviesa, y á dejar espaciarse cuerpo y espíritu, sueltas las bridas del pensar y del querer, en el ambiente de aquella caldeada naturaleza. Gracias á su robusta constitución física, prodújole el desusado ejercicio, más que fatiga, hambre. Satisfecha ésta, venida ya la necesidad del reposo, tendióse sobre el sofá de enea en la salita blanqueada, entornó, sin cerrarlos por completo, los ojos fatigados, y comenzó á mirar frente á sí con la tenaz firmeza del ser inconsciente.

## III

En un rincón, sobre la cómoda burguesa, se destacaba un objeto, extraño en aquel sitio: una cajita traída de China, y decorada con toda la exuberancia de fantasía propia de los artistas *celestes*. Incrustaciones de oro, en forma de caprichosas nubes; árboles melenudos, semejantes á desoladas plañideras, pabellones montados sobre inverosímiles soportes, pacientes pescadores de luciente cráneo y flexible caña, contemplando con ojos dormilones el agua, el agua inimitable de los dibujos chinos, agua perezosa y somnolenta, agua que nada refleja, como si de todo lo que á su lado vive viviese abstraída y ausente; y en la cara central de la cajita, deslizándose á lo largo de ondulante banda, una procesión monótona; doce figuras de hombre todas iguales, todas marchando, y, sin embargo, todas inmóviles, sobre un camino marcado por dos líneas, que

daban, aunque únicas, sensación de infinito. Llevaban las cuatro últimas figuras, de expresión absorta—¿quién sabe si de veneración ó indiferencia?—, carga misteriosa... ¡Un palanquín cerrado! ¿Qué pretendió el artista aprisionar en el recinto cubierto por místicos velos?

Hortensia conocía de antiguo la cajita; era su guardajoyas, su caja de caudales, caudales y joyas, como de niña, escasos. Desde siempre y á todas partes la había llevado consigo, y, sin embargo, hasta entonces no la había visto: por lo menos, aquella lenta procesión le pareció algo nuevo, jamás contemplado. En el medio sopor de la siesta, las monótonas figuras de chino adquirieron á sus ojos movimiento y vida. ¿Dónde van? ¿Quién irá dentro del enigmático palanquín?... Y es de advertir que Hortensia, al pensar en la incógnita de aquel problema, no imaginó, ni por un momento, que pudiera ocultar el cortinaje la figura gentil de una china con su cabeza-acerico y sus pies-almendras. Desde el primer instante, su imaginación dotó al paseante desconocido de sexo masculino, y, á pesar de lo chino del paisaje, del vehículo y del acompañamiento, no le soñó chino, ni—cosa aun más de admirar dada su idiosincrasia estética respecto al sexo feo—tampoco le imaginó gomo-

so. Sería... un hombre. ¿Cómo?... Y he aquí que Hortensia, ya plegados los ropajes de nubes imprescindibles, comenzó á soldar miembro á miembro perfecciones masculinas, más que sabidas adivinadas, y á crear á capricho feroces hércules y rubios pajes, trovadores y atletas.

Y á cada uno, tras de saludar su aparición con sonrisa plácida, despedía, pasado un momento, con ademán de enfado, por faltar en la suma de su belleza algún detalle que ella juzgara imprescindible, y el desfile duraba y duraba, y sonrisas y mohines se sucedían sin interrupción en la boca fresca y en los ojos á medio cerrar de la chiquilla. ¡Era difícil de gusto la virgencita!

## IV

Pero he aquí que, á lo mejor de aquel imaginario certamen de belleza, una ráfaga de aire levantó la cortina y entró por la ventana un torrente de sol; alguien gritó en la calle; palidieron rápidamente chinos, ¡alancún, árboles y agua. La caja pareció quedarse muda, con ese mutismo en que las cosas, tanto como las personas, saben encerrarse. Volvió la niña á la vida real, y abrió mucho los ojos, miró en derredor suyo, recelando encontrarse con alguien, y, avergonzada ante sí misma de su debilidad, ya que por suerte de todo otro testigo carecía, sacudió la cabeza como para rechazar visiones importunas, y pronunció, entre asombrada y pesarosa, unas cuantas palabras de protesta en contra de su loca fiesta de espíritu.

Quedó después inmóvil, apoyó las manos, desmerezándose, en el asiento del sofá, echó

hacia atrás el cuerpo y la cabeza con lentitud violenta hasta tocar el muro casi con la frente, y al sentir la frescura del yeso en la piel, se estremeció levemente y murmuró entre dos sonrisas, poniéndose en pie y yendo de un salto hasta la ventana, acaso para ahogar con el movimiento el eco interior de sus palabras: ¡Es bueno soñar... á pesar de todo!

Apoyó la cabeza en los barrotes de la reja. Sentía en los pies y en las manos el leve cosquilleo que deja el medio sueño en postura no muy cómoda. Así, apoyada en la reja espaciosa y muy saliente sobre el muro, estaba al aire libre, suspendida entre cielos y tierra, como pájaro en jaula. Por un instante experimentó esa sensación, hasta el punto de creer que la reja se balanceaba.

Había en el huerto orgía de luz. Caía el sol de plano y reverberaba en la tierra, que echaba chispas. Apenas pasado el mediodía, sólo junto á los muros dibujaba la sombra estrechos perfiles negros; bajo los árboles se pintaban círculos intensísimos, y las matas bordaban sobre la arena imperceptibles festones. Ramas y hojas caían desmayadas y polvorientas; algunas rosas se esforzaban en vano por levantar sus corolas muertas de sed. Únicamente las malvas reales erguían sus pomposos y floridos tallos, desafiando al calor, mientras

los mirasoles balanceaban estúpidamente su caraza gris ó negra, orlada de amarillo, como buenos burgueses, que cabecean, asintiendo á todo, porque nunca han tenido la suerte de que les nazca una idea en contra.

No hay pájaros; ocultos entre el ramaje ó en los aleros del tejado, esperan el fresco de la tarde para cantar; pero hay abejas, que van del romero á la adelfa, runruneando como amas de casa hacendosas y gruñonas, y hay mariposas, que atraviesan el aire con vuelo incierto, tropezando en todas las flores. Y en lo alto, colgada en su reja, está también Hortensia, perdida, no se sabe cómo, en la orgía de luz, convertida acaso por arte de magia en un átomo más de todos aquellos infinitos átomos hipnotizados y adormecidos bajo el poder del sol.

los mirasoles balanceaban estupidamente en  
 caraca gris ó negra, oñada de amarillo, como  
 buenas butacas, que capotean, asintiendo á  
 todo, porque nunca han tenido la suerte de  
 que les nazca una idea en contra.  
 No hay pájaros; oñales entre el tamaje ó en  
 los aleros del tejado. V  
 tarde para cantar; pero hay abejas, que van  
 del tomate á la tableta, murmurando como  
 amas de casa, haciendo y gruñendo y hay

Un chaparrón de gritos y carcajadas que estalló en el silencio rompió la paz de aquella somnolenta fiesta de luz.

Sacudió Hortensia su letargía empujada por instintivo sobresalto, y, adelantando el rostro cuanto se lo permitieron los hierros de la reja, miró. Del cobertizo que formaba una de las paredes de la huerta salió con brusco movimiento, como á empujones, un grupo extraño, el que chillaba y reía. A medias, por supuesto; que los gritos roncos y anhelantes salían de la garganta de un mancebo de edad imposible de precisar, entre los quince y los veinte, rubio, deslavazado, de hombros caídos y mirar incierto, y las risas se desgranaban en los labios de una zagalona fornida y resuelta, sobre poco más ó menos de la misma edad que el mancebo. Venía ella, cobertizo adelante, persiguiéndole á todo correr, y habíale al-

canzado precisamente en el momento en que Hortensia acertó á verlos. Él se acurrucaba temeroso y chillando; ella, riendo, le enlazaba con los robustos, desnudos brazos, y le propinaba estrujones y cachetes con presteza y energía cada vez mayores, deleitándose á ojos vistas, gozando enormemente con cuerpo y espíritu—si acaso lo tenía—en aquella más que primitiva fruición. Entre carcajada y estrujón, prodigaba la muchacha al asendereado mozo sartas de epítetos, á su modo amantes, y él seguía apartándose y huyéndola, y ella, empeñada más y más en su tarea, concluía enfadándose y recriminándole por su ingratitud y desafecto. Apretando después el cerco, le obligaba otra vez á gritar; al oírle, de nuevo el gozo la acometía, y de nuevo la risa se desgranaba en sus labios de guinda.

Conoció bien pronto Hortensia á los contendientes. Era él Cecilio, su hermano de leche, hijo único de la nodriza, que, á fuerza de mimo, había hecho de él un medio encanijado y medio idiota. Era ella *la Paquita*, muchacha que en la casa desempeñaba las múltiples funciones de lavandera, hortelana, guardadora de pavos y cerdos, y hasta, en ocasiones solemnes, pinche de cocina.

Conocidos eran de todo el pueblo los amores entre aquella salvaje y el infeliz Cecilio,

Siempre ella persiguiéndole, siempre asustado él, huyéndola y buscándola al mismo tiempo. Algo de aquello había llegado á oídos de Hortensia, pero jamás había presenciado el desatentado flirteo, ni podía imaginar que en tales desahogos fuera capaz de resolverse una pasión femenina. Paralizada por el asombro, permanecía quieta en su reja, sin saber si asustarse ó reír; y entretanto la amorosa, bien gritada y mejor reída lucha continuaba en el huerto, bajo el palio del cielo azul, donde el sol fulguraba en el máximum de su fuerza. Y no llevaba trazas de haber terminado tan pronto, si la buena de la nodriza, asomando al huerto seguida de un muchacho formalote, no hubiera, entre imprecaciones á la moza y empellones al chico, disuelto el amoroso grupo.

Retiróse el galán cariacontecido, arreglando á duras penas, entre gruñidos y restregones, los desperfectos del traje, lanzando, sin embargo, furtivas y codiciosas miradas á la mozona.

—¿No te da vergüenza?—empezó el ama en tono sentencioso, dirigiéndose á *la Paquita*; pero al husmear ésta asomos de sermón en el ceño fruncido de su señora, saltó de un brinco la cerca, no muy alta, que separaba el huerto del camino real, y se dió á correr á campo traviesa. El joven formalote, que acompañaba

á la nodriza, permaneció un instante en el huerto, mirando huír á la muchacha. Después alzó la cabeza y, deteniendo sus miradas en la reja suspendida en el muro como jaula, acertó á ver á la gentil madrileña, y se paró en seco, asombrado por la inesperada, tanto como graciosa aparición. Sonrió Hortensia por instinto al sentir unos ojos masculinos clavados en su rostro, y en la sonrisa cruzóse su mirada con la del muchacho formalote, que—todo ha de saberse—no era otro que Carlos, el galán campesino que ocho días más tarde un amanecer y en la cerca del huerto decía amores á la niña aristocrática. Miróla él y sonrió ella; y mirada y sonrisa, en ambos inconscientes y por los dos tenidas en poco, llevaban en germen los alegres amores de Hortensia y Carlos, como llevan las ráfagas de viento, que pasan y se alejan, los gérmenes de tantos alegres é inesperados florecimientos.